

EL CANTO DEL GALLO

Era un sueño recurrente. En el sueño yo dormía placidamente después de haber trabajado todo el día, de correr como siempre mis tres kilómetros y sobre todo después de hacer el amor apasionadamente con mi joven esposa. No sé que soñaba en el sueño pero lo que sí sé es que una mano fría, áspera, me tocaba primero la cara, después la llevaba a mi espalda, a mi pecho. Yo despertaba sobresaltado y veía frente a mí a él, al espíritu del ser que tuve que matar por causas que no viene el caso relatar. Siempre estaba de pie, sonriendo. Su cuerpo, por llamarlo de algún modo, despedía una luz mortecina y un vapor como de niebla huyendo de la tierra. Aterrado me le quedaba viendo. En todos los sueños le pedía perdón por su muerte, le explicaba las causas y le juraba que iba a hacer lo que él pidiera. Nada tienes que hacer, decía el fantasma con voz muy grave. Te juro que ahora sí voy a cumplir mi promesa, gritaba yo. No tendrías tiempo porque al cantar el gallo morirás. No, por favor, le suplicaba, apenas tengo seis meses de casado, mi mujer ya espera un hijo, tengo un porvenir brillante frente a mí. Cuando cante el gallo morirás, repetía una y otra vez. Al decirlo por sexta vez su imagen se iba descomponiendo, desapareciendo hasta no quedar nada. A gritos despertaba a mi mujer. La primera vez que lo hice ella también se puso a gritar junto conmigo del susto, del miedo, de la impotencia para tranquilizarme. Ahora ya no. Se me queda viendo, me pregunta que si otra vez es el sueño, me pide que me vuelva a dormir pues ella está muy cansada, se da media vuelta y ya no me hace caso. Yo quedo por cerca de dos horas sin poder retomar el sueño. Veo la cara de mi amigo en el momento de morir, su gesto de dolor, su mirada de

odio hacia mí. Me voy a la sala, enciendo la televisión para ver otras imágenes distintas, leo un libro, oigo música. Nada me sirve. Sigo escuchando la voz de Roberto, mi amigo, al momento de morir: Te voy a matar. Y ya está cumpliendo su amenaza. Con tantas noches sin dormir me estoy enfermando, casi no como, ya bajé no sé cuantos kilos de peso. Sólo el trabajo, el ejercicio y la pasión por mi mujer me salvan, de otro modo ya me hubiera suicidado. Hoy volvió a presentarse el fantasma, su sonrisa era más amplia que las veces anteriores. Me dijo que me quedaban veinticuatro horas de vida, que pasado mañana al oír el canto del gallo moriré. Moriré en medio de un dolor intenso, con vómitos, con convulsiones, con terror. Te doy, terminaba, estas veinticuatro horas para que dejes todo arreglado, para que protejas a tu esposa y dejes asegurado a tu futuro hijo. Ya ves, agregaba, que soy mil veces más dadivoso que tú. Ya lo sabes, cuando cante el gallo pasado mañana morirás. Adiós, hasta muy pronto, no sabes el deseo de verte aquí junto a mí. Sé que volveremos a ser los amigos que siempre fuimos, bye. A diferencia de otros sueños en este no se desvanecía poco a poco sino que desapareció en un instante. Veinticuatro horas. ¿Qué puedo hacer en veinticuatro horas? Desperté a Dany como siempre, ella volvió a pedirme que me durmiera y la dejara en paz. Hoy no te puedo dejar en paz, ya me voy a morir y sólo tengo veinticuatro horas para dejarte a ti y a nuestro futuro hijo asegurados. Estás loco, dijo ella, tómate una pastilla y ponte a dormir, si sigues así no vas a poder trabajar ni nada de nada. La dejé dormir. Yo mientras me puse a revisar mis papeles, a firmar cheques, a elaborar un testamento para llevarlo temprano a la notaría, a buscar mis cosas de valor y ponerlas todas en una maleta y sobre ella un letrero que decía cosas de valor. Ya en la madrugada, terminado de hacer lo que podía hacer en mi casa, me puse a pensar de quién debía despedirme. De mi jefe no, nunca me ha apoyado en mis proyectos, qué se

vaya al diablo. ¿De mis suegros? Sólo por cortesía y para pedirles que cuiden a su hija y a su futuro nieto. De mis amigos me voy a despedir de Fidel, de Julio, de Ernesto, de Pancho no, me cae mal; de Sergio pueda. A María Luz le hablaré para pedirle que no siga molestando a mi mujer, que lo nuestro ya terminó hace mucho y que si no me casé con ella fue...No, mejor no le hablo a nadie, no tiene caso. Me van a tener lástima y eso no lo soporto. Por supuesto no pude volver a dormir. Desayuné solo pues mi mujer con el pretexto del embarazo y de que la despierto a media noche se levanta hasta las diez de la mañana. Para distraerme, cosa que no logré, me puse a leer el periódico. Ahora las noticias las veía diferentes. Qué me importa que sigan matando gente en Iraq, que más me da si eligen a éste o al otro de presidente de mi país, me viene guango que el peso suba o baje, menos me importa si va a ganar la Universidad o el América en football, si yo voy a morir. Pude reflexionar lo idiota que somos al interesarnos cuando nos cuentan que a tal artista le operaron la nariz o los senos, que fulana de tal no se dejó retratar por los periodistas, que la boda de las estrellas de la telenovela actual fue deslumbrante, muy estilo hollywood, que...¡Pendejadas, me dije, todas pendejadas! ¡Ya pasaron seis horas de las veinticuatro que me dieron! Pensé con angustia. Salí corriendo al banco a arreglar mis cuentas, al notario para dejar todo a mi mujer y mis hijos. Fui a la oficina para sacar mis papeles particulares, los que puedan comprometerme. Bueno, sí, confieso que a veces aproveché el puesto para hacer algún negocio, pero es esporádico. No quiero que queden pruebas. Más tarde fui a la iglesia a confesarme pues aunque no creo en el infierno o el cielo no está de más tomar ciertas precauciones por si es cierto. El padre me dijo que me tenía que arrepentir de todo lo malo que he hecho. Le dije que por supuesto que sí, que me arrepentía. Ahora ya estoy tranquilo pues si me muero de seguro voy a ir al cielo...repito,

si es que éste existe. Mi mujer a la que le conté mi próxima muerte sonrió y se fue a su clase de yoga, a la cita que tenía ese día con su ginecólogo y obstetra y de compras con su mamá pues el día de hoy, precisamente escogió el día de hoy, para comprar todo lo que va a necesitar nuestro futuro hijo. El pretexto que la tienda estaba en barata y había que aprovechar. Toda la tarde tomé alcohol, cognac que casi no me gusta pues raspa la garganta, pero ese día no me importó. Y nada, el alcohol no me quitó el miedo y la angustia. Ya en la noche llegó mi mujer, dijo que había comido muy rico con su mamá en no sé que restaurante de la Condesa, que debíamos ir juntos pues no estaba tan caro. Me contó que vio a Marissa, que me manda saludar. Le reclamé dejarme solo sabiendo que me faltan pocas horas para dejar este mundo. Riendo me preguntó que si quería algo de cenar, que podía hacerme unas quesadillas, que no le pidiera otra cosa pues estaba muerta. El muerto voy a ser yo, le grité. Me dio un beso y se fue a dormir. ¡No voy a permitir que Roberto me mate, me juré a mi mismo. No se puede salir con la suya! ¡Cuando cante el gallo vas a morir!, escuché de una voz que salía no sé dónde. Pensé en huir de esta casa, si me voy a otra, razoné, no sabrá dónde estoy y no me podrá hacer nada. Después supe que no me serviría eso pues si era un fantasma puede estar en todas partes. Busqué otras soluciones una más estúpida que la otra. Hasta que encontré la solución. La llevé a cabo y a partir de ese día ya nunca más volví a ver el fantasma de Roberto, pude dormir de una pieza y recuperé mi salud y mi alegría. ¿Qué cuál fue la solución? Muy simple. Salí armado de un cuchillo como a las once de la noche, recorrí toda la colonia donde vivo. No quedó un solo gallo con vida.

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

ENERO 2006